



Mi pequeño homenaje a san Josemaría Escrivá en su fiesta que la Iglesia celebra cada 26 de junio

Vivir la libertad queriendo lo único necesario, respetando la diversidad y siempre viviendo y enseñando que las almas son solamente de Dios

Es bien conocido el amor de **Cervantes** a la libertad. Lo muestra reiteradamente, pero voy a recordarlo con aquello que pone en boca de su *Don Quijote*: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecía a mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre,

porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos, que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquel a quien el cielo dio un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!».

Es obvio que el primer literato de Castilla no se está refiriendo a la libertad política -tal vez más presente ahora por las recientes elecciones-, sino a esa más completa que consiste en la independencia personal y en la dependencia de Dios, donde halla sentido. Ni quizá el cautiverio al que alude sea sólo el recuerdo de sus encarcelamientos. Cervantes escribe mucho sobre la libertad en una época exigua de ese bien, seguramente el mayor después de la vida. Me propongo trazar unas pinceladas del precioso don que al hombre dieron los cielos.

En su obra [La libertad posmoderna](#), **Alejandro Llano** ha escrito: «El logro de la *libertad de sí mismo* es una hazaña existencial de envergadura, imposible de alcanzar con las propias fuerzas. Necesitamos la ayuda de los otros y del Otro, para lograr esa pureza de corazón que, según **Kierkegaard**, consiste en “amar una sola cosa”. Es esa agilidad interior que detectamos en las personas más valiosas e interesantes que conocemos: están centradas en una única finalidad, pero, a la vez, permanecen atentas a los que les rodean; no arrastran la carga de frustraciones y resentimientos, sino que viven a fondo, de manera no necesariamente pagana, el *carpe diem*, la libre intensidad de la hora presente. Al acercarse a la *liberación de sí mismo*, se rescatan y reasumen las mejores potencialidades de la *libertad-de* y de la *libertad-para*».

Tiene su conexión lo que expresa el profesor de Metafísica con lo escrito por Cervantes: «La libertad lograda es una lid personal que, por ser un don del cielo, exige el coraje de amar y amarla, la ayuda de otros y de Otro, precisamente porque el ejercicio de esa libertad personal es conformadora de la existencia nuestra sobre la tierra». Eso sucede en diversos planos -social, político, religioso, artístico, etc.-, pero queda aunado por ese “amar una sola cosa” que se traduce en la buena vivencia de los tres aspectos de la libertad mencionados por el profesor: liberarnos de nosotros mismos, con el descentramiento que menciona el Papa **Francisco** -liberarse de egoísmos-, para lograr metas que requieren tan arduo esfuerzo.

Si conducimos todo esto al plano religioso, seguramente nos sirve esta idea del fundador del Opus Dei en una entrevista: «He defendido siempre la libertad de las conciencias. No comprendo la violencia: no me parece apta ni para convencer ni para vencer; el error se supera con la oración, con la gracia de Dios, con el estudio; nunca con la fuerza, siempre con la caridad. Comprenderá que siendo ése el espíritu

que desde el primer momento hemos vivido, sólo alegría pueden producirme las enseñanzas que sobre este tema ha promulgado el Concilio». Pienso que lo expresado en estas líneas nos sirve a todos: creyentes y no creyentes (sobre todo la primera parte de la cita), sacerdotes y laicos.

Necesitamos liberarnos de egoísmos, descentrarnos y salir a las periferias del yo, para tener un sagrado respeto por todos, para ofertar sin imponer (esto ya supondría egoísmo), para venerar esa libertad de las conciencias de modo que seamos conscientes de que nadie tiene derecho a adentrarse en la conciencia de otro si ése no lo requiere, para convivir con gentes de formación, talante o sensibilidad distinta de la propia, para procurar que todos sean libres y no violentados en su intimidad, que pueden expresar dónde y cómo deseen, siempre que no se opongan al orden público. Yo puedo decir que aprendí del fundador del Opus Dei a vivir la libertad queriendo lo único necesario, respetando la diversidad y siempre viviendo y enseñando que las almas son solamente de Dios.

Que sea este mi pequeño homenaje a **san Josemaría Escrivá** en su fiesta que la Iglesia celebra cada 26 de junio. Una persona a quien debo mucho, entre otras formidables cuestiones, el que haya sido un maestro de libertad cristiana, como le denominó el filósofo y teólogo **Cornelio Fabro** en un celebrado ensayo.

Pablo Cabellos Llorente